

Traspasar la piel

Para Olivier

Una mujer camina lentamente por la calle empolvada, pasa frente a una reja, mira hacia el frente y queda inmortalizada. Su imagen es removida de un tiempo que le permitía desplazarse y cubrir distancias. No importa su historia particular, ni siquiera su nombre porque en un instante su gesto se ha convertido en el gesto de todas las mujeres. Miro "Las Culpas Ajenas" tal vez quince o veinte años después y el dolor sigue ahí.

El México de las primeras décadas del siglo, avanza dando traspies hacia la era de la modernidad y sus artistas incursionan en las manifestaciones creativas, inflamados por un nuevo espíritu: sus ojos perciben ahora lo que durante años había permanecido silenciado. Se abre una etapa impregnada por la necesidad de crear nuevos valores, de "redescubrir el país". En este sentido trabajan los muralistas, los intelectuales, los maestros y empieza a tomar forma una fotografía que busca penetrar el "verdadero México". Edward Weston, Tina Modotti, Manuel y Lola Alvarez Bravo producen en este contexto.

La fotografía, que hasta entonces había servido casi exclusivamente para registrar ciertos hechos del acontecer extraordinario adquiere a través de la sensibilidad del artista un nuevo status. Se llevan a cabo las primeras exposiciones de fotografía fre-

cuentadas por artistas, intelectuales y funcionarios públicos. A partir de ese momento los pedazos de evidencia de una biografía en movimiento, las fotografías, se vuelven artículos susceptibles de ser expuestos. La realidad en imágenes fotográficas se inserta en el complejo universo de las artes visuales.

La cámara es utilizada para aprehender un instante preciso y la realidad se torna accesible, de manera inmediata, a través de la imagen.

En la década de los treinta se inicia Lola Alvarez, una de las primeras mujeres fotógrafas mexicanas que compartió la nueva manera de ver y utilizar el arte fotográfico. "Desde chica sentí la necesidad de decir algo y de ser alguien, nada más"; esta motivación la llevó a relacionarse con los productores plásticos e intelectuales de su época y a adquirir una educación visual que se traduce en una

forma particular de apropiación de las imágenes.

Hace aproximadamente cuarenta años Lola enfrentó su condición de artista "al cabo de ideas que fui captando de amigos escritores, pintores y poetas, un conjunto de cosas vivas, emotivas e intelectuales y una inquietud de querer yo producir y ser algo. Nunca pensé en ser una succionadora del arte y del trabajo de los demás; es decir, que si vivía y me alimentaba de eso, tenía que corresponder. Encontré que con la fotografía podía expresarme y dar algo". A partir de ese momento Lola se propuso hacer fotografía con lo "que la vida le regalara". Por eso no es fotógrafa de todo, sólo la emoción que la toca a través del ojo queda detenida.

Las fotografías hacen posible aprisionar la realidad que de otra manera es inaccesible. Si no podemos poseer objetivamente el presente, el pasado en imágenes adquiere las características de un rastro, de algo directamente calcado de lo real; no sólo redefinen la materia de la experiencia común sino que añaden lo que nunca vemos. La fuerza de la imagen fotográfica viene de ser realidad material, información suspendida en el despertar de su emisión,

un medio de dramatizar y conferir universalidad al simple hecho sensible.

La obra de Lola tiene precisamente esas características. A pesar de que no manifiesta predilección por ningún tema en particular, sus fotografías nos hablan de un México que fue y que aún podemos ver a veces. Sin embargo su mensaje no se queda ahí, en el nivel del reportaje: el ojo individual de Lola capta no sólo lo evidente de la existencia, sino y fundamentalmente, su significado.

En una era en la cual lo que rodea al individuo cambia más rápidamente que su vida, los momentos que desafían al tiempo son negados sistemáticamente. La fotografía se vuelve entonces un recurso para insistir en lo permanente, para referirse a aquello que el tiempo histórico no tiene derecho a destruir. "Me impacta mi gente, el pueblo, cómo mira y cómo siente".

Cuando Lola dispara su cámara para aprehender un instante, va mucho más allá de la mera luz, volumen o textura de la composición que está frente a ella. Convierte un acto mecánico en uno significativo porque efectivamente atrapa esa mirada, sentimiento, movimiento que rebasa lo particular para

instalarse en el ámbito universal. La foto *El sueño de los pobres* muestra un niño dormido sobre un petate rodeado por zapatos. Al mirar esta imagen no podemos sino sentirnos sobrecogidos por la atmósfera de olvido creada tanto por los zapatos que esperan ser calzados como por este pequeño ser alejado de los brazos maternos. *El entierro*, que es una de las obras favoritas de Lola, muestra un grupo de indígenas acompañando un féretro. Los personajes detenidos en movimiento, la inevitable quietud del féretro, la luminosidad de un ambiente denso remite al misterio y temor que todo hombre siente cuando toma conciencia de su mortalidad.

"Si yo fuera arquitecto haría que una viga siempre fuera viga", es una frase grabada en la memoria de Lola que describe la manera en que ella aborda el instante fotográfico. Toda fotografía abstrae de la realidad y esta cualidad es precisamente lo que la hace legible. Al aislar la apariencia de un instante corta el tiempo y rompe en cierta medida con la continuidad de los acontecimientos. Cuando estamos frente a una fotografía podemos conferirle un antes y un después, una especie de narración implícita en lo que vemos. Sin embargo, al enfrentarnos a la obra de Lola Alvarez Bravo caemos en la cuenta de que no es narrativa. No hay necesidad de reconstruir una historia para comprender lo que se ve: la fuerza de las imágenes se filtra en nuestro interior de tal manera que llegamos a apropiarnos del sentimiento congelado en el gesto de sus obras.

A pesar de su cercanía con pintores, Lola supo mantener y utilizar su medio de expresión dentro del terreno que le era pro-

pio. "Siempre he pensado que cuando los fotógrafos disfrazan sus técnicas es para imitar porque no están definidos. Es como si se avergonzaran de su técnica". Lola no se refiere a la fotografía como un lenguaje, tal vez porque ésta es sólo un medio que permite la revelación del ser sensible, un receptor de las lenguas de la materia y los símbolos. La cámara es una extensión de ella y como tal la maneja: sin miedo, reconociendo sus límites, creando un estilo.

"Trabajo por impacto, pero lo único que me limita mucho es el paisaje porque para mí el paisaje es una totalidad: es el olor, el aire, la temperatura, la luz, el firmamento, la proporción de las formas... entonces no puedo captar con la fotografía todo eso. Hay paisajes que me gustan mucho, pero pienso que al fotografiarlos me podría faltar eso que es el momento, y la fotografía es el momento". Hace más de treinta años Julio Castellanos también se sentía derrotado de antemano frente al paisaje y le explicaba a Carlos Pellicer: "eso no se puede pintar, la mirada tiene un límite. Lo que vimos yo lo vi con el corazón... Nunca podré pintar un paisaje". Pero ambos artistas se declaraban vencidos por distintas razones: Castellanos por el límite de la mirada, Lola Alvarez Bravo por el límite del instante.

La imagen fotográfica, al ser producida por la reflexión de la luz, no está impregnada por la conciencia. En la pintura la forma es creada, en la fotografía es recibida de una manera determinada. "Desde que enfoco hago la composición exacta. El fotógrafo debe hacer de todo registro un elemento de composición, la composición es algo ins-

tantáneo". La fotografía entonces no traduce la realidad. Es la calidad del instante citado, lo que hace significativa una imagen su capacidad para trascender ese momento particular y provocar una red de correspondencias con otros referentes. Objetivamente una fotografía muestra el tiempo del instante, pero lo que se prolonga subjetivamente no es ese tiempo sino su significado, al cual llegamos cuando podemos reconocer en una imagen una experiencia. El carácter de inevitabilidad — así sucedió y habrá sucedido para siempre — da paso a una significación independiente de la circunstancia en la que tuvo lugar y se registró el hecho. Por eso no importa dónde tomó la fotografía Lola o la historia de los personajes, porque al penetrar los pequeños universos de cada una de sus imágenes se nos abre un mundo de vivencias y emociones que experimentamos en la realidad. En el límite del instante está su posibilidad de grandeza.

"Cuando se hace algo que vale, se transmite un sentimiento. Yo trabajo nada más, luego veo mis fotos y no me gustan. No me he dado cuenta si he logrado pasar una barrera o si sólo son historias mías que hago fotos con mérito.

Puedo tener un termómetro de si gusta o no gusta mi foto, pero internamente no tengo la medida de mi propio valor".

Lola Alvarez Bravo se trazó un camino a partir de una necesidad de expresión. Es reacia a las exposiciones personales y tampoco cree en "hacer arte". "Creo que una de las cosas más nocivas es que uno esté pensando que deliberadamente va a hacer arte. En el momento en que uno es sincero y hace las cosas por pasión, porque le gus-

tan, puede o no producirse el arte". Directa, espontánea y sin artificios, la fotografía de Lola no engaña. La presencia de sus imágenes habla de dolor, de miseria, de soledad.

En la vida real, buscamos con nuestros ojos significados reveladores, pero rara vez los encontramos. La manera en que se nos presenta la realidad es tan caótica que pasan inadvertidos. La cámara tiene la capacidad de articular el significado de las apariencias porque las aísla del todo y las hace comprensibles al objetivarlas. En este sentido la fotografía revive la condición primitiva de las imágenes, es decir que éstas poseen las cualidades de las cosas reales, a pesar de que en su primer momento atribuyamos cualidades de imagen a las cosas reales. Tal vez en ello resida el secreto de su arte.

"¿Qué es fotografía artística? Tengo más de cuarenta años de ser fotógrafa y sí sé lo que es fotografiar arte, pero no qué es fotografía artística".

Miro *Las culpas ajenas* y el dolor sigue ahí

*Cronista de arte.

